

Gregory Bateson: un pensamiento (complejo) para pensar la complejidad. Un intento de lectura/escritura terapéutica

Guido Lagos Garay*

Pese a su “académica” formación científica, tanto en biología (tempranamente trabaja con su padre – William Bateson– “fundador” de la genética) como en antropología (Doctor en Antropología, investigador conjunto con su primera esposa, Margaret Mead), Gregory Bateson es un personaje no fácilmente encasillable en disciplina alguna. Sin embargo él se mueve –y muy fluidamente– en casi todas las esferas de las llamadas ciencias humanas: comunicación, etnología y antropología, psiquiatría/psicología, genética, filosofía, biología, zoología, etología y etiología, cibernética, etc y etc. Él mismo acuña un término que pudiese rendir cuenta, de alguna manera, de la vastedad de su larga «diáspora disciplinaria»: en su propia definición, él se interesa en la **historia natural de las ideas** o -dirá mas tarde, significando lo mismo- en la **ecología de la mente**.

Sobre el personaje, a modo de provocación

No es un asunto simple establecer **una** “unidad” en la obra de Gregory Bateson; y muy posiblemente no pueda ser de otro modo. Esa dificultad surge desde el momento mismo de intentar “atrapar” el núcleo duro de lo que pudiésemos llamar el “proyecto batesoniano”. Gregory Bateson busca sentar las bases para poder construir –complejamente- un modo reflexivo tal, que pueda dar cuenta -precisamente- de las complejidades que configuran el proceso de aquello que llamamos pensar, reflexionar, idear, “mentalizar”, etc. En resumen, busca dar cuenta de cómo se configuran esos procesos mentales (o psíquicos, si la diferencia es válida) que suponemos “superiores” y sólo exclusivos del homo sapiens-sapiens: nuestra consciencia “superior”, autoconsciencia, consciencia autobiográfica o como quiera llamársela. Al mismo tiempo él busca poner en evidencia que la acción de (auto-meta)reflexión que nos lleva a **pensar sobre nuestro pensamiento (la consciencia superior)**, pese a la estética y a la simplicidad aparente -tanto del acto realizado como del “objeto” que observamos con dicha acción (auto-meta)reflexiva- no es un asunto simple (ni mucho menos trivial) para el desarrollo y para la evolución de nuestras propias vidas. Para Bateson la (auto-meta)reflexión sobre nuestros modos reflexivos tiene profundas consecuencias en el modo de “sentir(se) (en el mundo)”. Visto de ese modo hemos de conceder que intentar hacerse una idea de lo que pueda ser una idea, es –al menos– un asunto bastante paradójal. Y Bateson pretende justamente ofrecer(nos)...y ofrecer(se) una muy buena idea de aquello que las ideas pueden ser: ¿Qué es una idea?; ¿Cómo se (con)forman las ideas de lo que nuestras ideas son?; ¿Qué vínculos nos unen a ellas?... pudiesen ser modos que –pese a la reducción– den cuenta bastante bien del proyecto general de Gregory Bateson.

Así entendido, la aparente contradicción y autoreferencialidad del “proyecto batesoniano” se hace evidente: Él intenta complejizar nuestros modos reflexivos para así poder abrir caminos que nos permitan reflexionar –complejamente– acerca de la complejidad misma. Ello es mucho más que un simple juego de palabras: Bateson busca –con la (auto-meta)reflexión– complejizar aún más lo que ya es, de por si mismo, bastante complejo. Ése es entonces el asunto central y ésa será la “obsesión” que recorrerá toda su obra: **complejizar la complejidad**.

Para Bateson (y muchos más, y después de él, cada vez muchos más) aquello que llamamos (y aceptamos como) “realidad” no es algo tan simple como para postular que lisa y llanamente esa “realidad” se “proyecta” o se “representa” en nuestras mentes. Las “ideas”, entendidas como reflejos internos de una “realidad” entendida como un mundo externo a nosotros, no le satisface en absoluto. Para él, dicha “realidad”,

no es sino una red muy compleja de relaciones, procesos, y también extrañas y paradójales interconexiones de diferentes planos, niveles y componentes, entre los cuales –evidentemente– nosotros estamos también comprendidos: Y desde luego que ese “estar comprendidos” es bastante más complejo que el hecho de ser simples observadores externos y pasivos de dicha “realidad”. Definitivamente nuestra “mente” no es un “espejo-pantalla” en el cual se reflejen (o donde se “atrape”) un mundo exterior independiente a nosotros mismos. Ello porque en Bateson la “realidad” es algo bastante más “denso” que algo así como un “objeto extendido” allí afuera de nosotros. El corolario de dicha afirmación significa entonces que nuestra relación con dicha “realidad” es mucho más sofisticada que un mero aceptar y creer que nos hacemos -en el “espíritu”– algo así como una “representación interna” de ella. Categóricamente –y hoy lo sabemos– eso no pasa de ese modo; en esa “realidad”, nosotros estamos enredados... literalmente: **los humanos somos seres en-red-dados**. Y asumir ello -de un modo profundo y experiencial (“encarnado” como nos diría Francisco Varela)- no puede tener sino consecuencias radicales en el modo de “sentir(nos) en el mundo”.

Se puede encontrar a lo largo de toda la obra de Gregory Bateson una libertad de reflexión que sólo es posible entender a la luz de su muy particular modo de observar aquello que cae bajo su mirada. Adelantando conceptos, y sin entrar en grandes definiciones aún, llamemos a esa particular mirada **una observación transdisciplinaria**. Efectivamente, después de sus primeros trabajos de campo como antropólogo –e incluso ya allí (*Naven: una ceremonia Iatmul*, 1936)– no encontraremos en Gregory Bateson sino inter y transdisciplina. Por ahora aceptemos que en ello radica la dificultad y/o la imposibilidad de encasillarlo en alguna disciplina. Aceptemos también que todo ello no es un hecho arbitrario ni mucho menos trivial. Bateson se mueve y se desplaza –permanente y conscientemente– entre diferentes disciplinas, y lo hace de un modo tal que siempre intentará ubicarse por encima (o por debajo, poco importa) de los límites de cualquiera de esas disciplinas. Pensamos que es –precisamente– esa libertad de **“mirarlo todo desde ningún lugar ya predefinido”** (que en términos batesonianos es análogo a **“mirarlo todo desde la mayor cantidad de lugares posibles”**) lo que le da la “frescura” y la libertad que emana de su reflexión. Bateson todo lo toca sin comprometerse con absolutamente nada que ya haya tocado aquello que él se encuentra observando. En ese sentido su modo reflexivo no es solamente un pensamiento provocador, estamos frente a una verdadera trasgresión de las “metodologías” disciplinarias. Se trata –literalmente– de una reflexión sub-versiva, y ello en la acepción etimológica de dicho término. Bateson se encuentra siempre “por debajo” del “verso” (instalado) porque todo lo ve y lo observa desde un lugar que es inubicable. Y ese lugar inubicable es justamente lo que aquí llamamos **observación transdisciplinaria**.

La singularidad y la potencialidad del pensamiento batesoniano se debe justamente a la amplitud de su alcance y -desde luego- también a su generalidad. Porque él desafía, con absoluta libertad y con plena “conciencia” de la “subversión” emprendida, los (pre)supuestos básicos e incluso los métodos en los que descansan las diferentes “ciencias” en las que él mismo incursionó. El objetivo de esa **actitud intelectual** es evidente: se pretende poner de manifiesto la(s) “epistemología(s)” en la que descansa(n) los (fragmentadores) formatos disciplinarios. Es nuevamente Francisco Varela quien postula –para dar cuenta de las “epistemologías” subyacentes al pensamiento actual- aquello de que **“toda época es ciega a los fundamentos de lo que toma por cierto y evidente.”** La actitud intelectual de Bateson a la que hacemos alusión, busca precisamente develar la invisibilidad de esos (ocultos) fundamentos disciplinarios. Allí radica lo más profundo del trasfondo “trasgresor” de su pensamiento. Él trata de construir una superficie descriptiva que permita poder explicitar y poner de manifiesto los **presupuestos cognitivos** que –muy profundamente enraizados– sustentan los diferentes modos de pensamiento: en resumen, el intenta develar y hacer sentir las bases mismas (los paradigmas cognitivos, diríamos hoy) que han configurado históricamente el conocimiento científico occidental surgido en el Renacimiento.

En una época fuertemente caracterizada por la fragmentación y la especialización del conocimiento, Bateson buscará situarse en los confines de un pensamiento abierto, global, holístico, macro y meta abarcador, tanto del “objeto” sobre el que reflexiona, como también del vínculo que dicho “objeto” –con la totalidad– establece. Se busca generar un modo reflexivo que contenga en sí mismo las condiciones y el **contexto** que hacen posible (o han posibilitado) que –tanto el objeto como la reflexión sobre él– emerjan. Es Fritjof Capra quien propone –para dar cuenta del “modo de pensar batesoniano”– la metáfora del holograma. Capra nos ofrece dicha analogía como un modo de dar cuenta que –al tomar cualquier “porción” de su pensamiento– siempre encontraremos “rastros-huellas” de la totalidad de ese mismo “modo de pensar”. La metáfora del holograma nos parece un buen modo descriptivo para dar cuenta de que en la obra de Bateson, el **texto y**

contexto se co(n)-funden, se fusionan. En la “mente” de Bateson –como en el Ouruburus– la serpiente se come la cola; y él intenta desencadenar procesos similares en nosotros.

Bateson buscará siempre generar relaciones nuevas **entre** los fenómenos y procesos que analiza. No observa “objetos” aislados, su mirada está constantemente dirigida a las **relaciones** entre ellos para así poder establecer **conexiones nuevas entre** lo que él observa. Se trata siempre de construir puentes nuevos; esas nuevas relaciones establecidas son sus **“pautas (patterns) que conectan”**, en la nomenclatura que él mismo nos propone. Su particular modo de pensar escapa de los cánones habituales, para ofrecer así un desafío radical a la lógica occidental que nos ha acostumbrado (endoculturización obliga) a métodos –inductivos y/o deductivos– para establecer ligazones o relaciones. Formatos sesgados para establecer conexiones que sólo pueden conducirnos a observar líneas (y como mucho, cadenas) mecánicas de causalidad entre aquello que observamos. Bateson reflexiona y “conecta” de un modo **“abductivo”**, es decir, él nos propone relacionar –de un modo diferente a lo “culturalmente aceptado”– todos aquellos eventos o sucesos que caen bajo su observación. Se trata de construir o revelar (otras) **“analogías formales”** entre los fenómenos que se encuentran bajo su aguda mirada. De ese modo, en su **“método reflexivo” (abducción)** se logran amalgamar (fundir-fusionar) la necesaria creatividad –presente en todo proceso reflexivo– con el rigor analítico necesario a la reflexión “académica”. Y aún más, si uno lee atentamente podrá percatarse que tanto la fina ironía que lo caracteriza, como otros elementos de corte lúdico –siempre presentes en su reflexión– buscan también el mismo objetivo, desencadenar procesos de creatividad: porque –finalmente– **toda reflexión es desde luego una creación, que contiene siempre, un componente lúdico**. Bateson trata de fundir, entonces, el rigor intelectual con la creatividad y el juego. La reflexión puede y debe ser –también– una actividad lúdica para que de dicho componente lúdico emerja –en un proceso creativo– la novedad de la reflexión.

La abducción batesoniana es creativa por cuanto permite hacer surgir relaciones nuevas allí donde la cultura, el conocimiento instalado y el “sentido común”, tienden a mantenerlas ocultas. Y es en ese sentido que su reflexión puede ser “terapéutica”. Al establecer relaciones que desconciertan (rompen el “concierto”), que confunden (co-fundir, fusionar, conectar) y que asombran (sacan de la sombra, develan) –pensamos– que él está buscando “forzar” al “receptor” de su discurso a dejar de lado las certezas generadas en sus (pre)supuestos cognitivos para así quedar abiertos a reflexionar de un modo diferente al habitual. Finalmente, él nos fuerza a reflexionar creativamente. Se trata de descubrir nuevos modos de pensar aquello que ya se ha pensado. Se trata de “empujar” al auditorio a re-contextualizar constantemente sus modos cognitivos. El mismo lo decía: **“el brujo crea contextos”**; y evidentemente él es un brujo extraordinario. Genera contextos de y para la reflexión. Si de transformar epistemologías se trata, todo dependerá del contexto desde el cual la reflexión emerge.

Una anécdota –por él mismo relatada (*Espíritu y Naturaleza: Una unidad necesaria*)– pudiese mejor dar cuenta de lo que aquí queremos plantear respecto de la potencialidad “terapéutica” (por ser asombrosamente des-concertadora) de su discurso:

Siendo profesor de un centro de estudios superiores, él recuerda –siempre con su ironía característica– cierto rumor que circulaba entre sus estudiantes. Se comentaba que Bateson sabía algo que nunca quería decir, se rumoreaba en los pasillos que él «escondía» algo respecto de lo que hablaba en clases. Sospechaban los estudiantes que él no decía todo lo que podía decir. Siempre “ocultaba” –y ello lo haría de un modo consciente– algo de su reflexión. Ése era el rumor generalizado. ¿A dónde quiere llegar Bateson? ¿De qué está hablando este caballero?, eran las preguntas y dudas que circulaban entre los estudiantes. Cuando un alumno se le acerca y en un tono de complicidad le da a entender que ha “captado” aquello que supuestamente –Bateson– esconde (una cierta “desconfianza” producto de su ancestro irlandés, le confiesa el estudiante, también de origen irlandés), él se asombra. ¿Escondo algo yo?, ¿por qué esa sospecha entre los estudiantes?, se pregunta; indudablemente que yo no escondo nada, se responde. ¿Cómo surge esa confusión entre los estudiantes? Para él, el instante es casi de iluminación, su mente se “expande”, es un verdadero **satori**, confesará posteriormente. En esa disyuntiva, Bateson no puede sino concluir en un “darse cuenta” (*awareness*) que él piensa de una manera diferente a la que se acostumbra a reflexionar entre los otros profesores. Su modo de «razonar» era diferente al modo de razonamiento del resto de sus colegas. Más tarde dirá que su epistemología –definida por él como “el conocer cómo se conoce aquello que se conoce”– era diferente. Comienza entonces a intentar establecer los fundamentos de dicha “otra” epistemología; y no lo olvidemos, ello significa partir a la búsqueda de dar respuesta a ¿cómo se configuran las ideas que sobre las

ideas nos (con)formamos?

A partir de dicha experiencia, Bateson buscará –dirá él mismo– **“los principios y los (pre)supuestos básicos de toda la organización del pensamiento”**, y esa búsqueda no la realizará siempre de un modo consciente. Él sólo se “dará cuenta” que ese es un modo de definir una posible “pauta que conecte” toda su búsqueda, una forma de “unificar su pensamiento, hacia los finales de su vida, en “Espíritu y Naturaleza” (1979) al ofrecernos allí –precisamente– un pequeño (auto)análisis retrospectivo de toda su obra. Él define entonces, en ese texto –de un modo consciente– las preguntas que han atravesado sus reflexiones: ¿Cómo sucede que pensamos aquello que pensamos? ¿Qué vínculo(s) hay (o son posibles de establecer) entre las particulares vivencias experienciales de una vida particular con los modos de constitución del pensamiento del sujeto que ha experimentado dicha vida?, en síntesis, ¿qué existe de particular en la naturalidad de una vivencia que conduzca al experimentador de dicha vida a pensar en lo que piensa y a pensarlo del modo como él lo piensa?

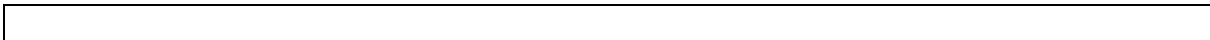
Hay en esas preguntas –de un modo muy claro– un desplazamiento de la mirada. Se apunta siempre al contexto que posibilita la reflexión. No es evidente allí el “punto de observación” que se establece. Creemos que ello es así por cuanto no puede haber un “punto” en la observación, cuando lo que se pretende observar son –precisamente– no puntos, sino “redes de relaciones” y al mismo tiempo las complejidades entre los diferentes “niveles de conexión” que entre dichas redes se puedan encontrar y/o establecer. Reiteramos entonces lo que ya habíamos dicho: la mirada de Bateson se desplaza, desde los «objetos» hacia las relaciones y hacia las diversas y paradójales formas de interacción entre esas relaciones; se interesa por los procesos y sus “extrañas” lógicas, como también se interesa en las “lógicas” de las conexiones de dichos procesos con la totalidad (contexto) que los contiene. En esa búsqueda de relaciones y de “relaciones entre relaciones”, (obviamente meta-relaciones) él lucha, casi desesperadamente por sobrepasar los límites que, para ese objetivo, le imponen las estructuras profundas de nuestro lenguaje articulado (idioma). Las estructuras sintáctico-gramaticales de nuestros lenguajes no son las más adecuadas para dar cuenta (describir) los procesos, ni mucho menos los nexos entre esos procesos. Nuestro lenguaje es siempre un lenguaje hipostasiante, cosificante, por cuanto está organizado en una lógica de “linealidad estructural interna” (sujeto + verbo + predicado) que sólo permite –precisamente– una descripción lineal y/o lo mecánicamente causal de aquello que el lenguaje está describiendo. Y –convengamos– una descripción no puede dar cuenta de nada. Solo se trata de un “mapa” posible para “representar” un “territorio” que no es atrapable nunca (Korsibzky) en descripción alguna. La sensación de “acididad” que nosotros sentimos al gustar el limón, no es atrapada en nuestra simple descripción de que el gusto del limón es “ácido”. **“Porque una rosa, es una rosa, es una rosa... y sólo una rosa”**, es un poema de Gertrudes Stein que él citará a menudo para dar cuenta de esta imposibilidad de todo “mapa” para contener el “territorio”.

En reiteradas oportunidades Bateson explicitará su convicción de que nuestra lógica occidental de razonamiento –absolutamente patológica y desde luego enraizada en la ordenación estructural de nuestro lenguaje– se encuentra con dificultades enormes para dar cuenta (describir-atrapar) la estructura y el funcionamiento de procesos que no son linealmente causales. Él intentará superar dicha limitación lingüística mediante pequeños cuentos, historias que se encadenan unas dentro de otras como en un enorme círculo recursivo. Su lenguaje es siempre metafórico, irradiante. Contextual y configuracional. Volveremos –más explícitamente- sobre esta afirmación.

Hacia una “epistemología” par el cambio cultural

Metáforas para abrir los arcos perceptivos

Antes de entrar en materia (Bateson y sus aportes al cambio cultural), permítanseme dos (tal vez tres) ejemplos para intentar dar cuenta de lo que aquí hemos denominado “modos de conexión batesoniana”. Y todo ello sólo como una forma de ejemplificar mejor una cierta “actitud epistemológica” que éste nos propone para que –con nuestros modo reflexivos- podamos contribuir a dicho cambio cultural:



I.- **"Los hombres son mortales,
Sócrates es un hombre,
entonces, Sócrates es mortal"**

II.- **"La hierba muere,
los hombres mueren,
entonces, los hombres son hierba"**

Pienso que este segundo silogismo (II), bautizado por sus biógrafos como el "silogismo batesoniano" – para así confrontarlo al clásico silogismo Aristotélico (I)– nos permite ofrecer un muy buen ejemplo de las posibilidades y potencialidades "terapéuticas" que pudiesen contener las "pautas que conectan" que Bateson nos invita a construir. Presentadas del modo como nos ofrece ambas afirmaciones, se hace evidente el "desconcierto" que nos provoca esa extraña "lógica" que –pese a su "anomalía" de "contenido"– nos permite establecer algún vínculo posible entre ambos silogismos, y por ese medio, conectar finalmente los hombres y el pasto.

Es sin duda la "**analogía formal**", algo así como una similaridad de algún "tipo" ("tipo" que de un modo muy consciente no está del todo definido), que se puede establecer entre los dos silogismos, lo que nos "empuja" a aceptar y buscar algún rasgo en común para "conectar" ambas afirmaciones, y entonces, vincular hombres y hierba. Es –creemos– dicha analogía formal –y el "peculiar" modo de presentarla– la que nos deja "abiertos" a una reflexión más amplia que la simple evidencia empírica de que –desde luego y muy obviamente– nosotros, los *homo sapiens-sapiens*, no somos pasto. Se busca –con este "extraño" modo de establecer analogías– conducirnos a construir (nosotros-lectores) alguna (otra) relación posible para "conectar" los seres humanos con la hierba.

Porque a primera vista, es claro que "algo" no "cuadra" en aquella afirmación de que nosotros –seres humanos– seamos hierba o pasto, pero sin embargo, si aceptamos la invitación a una reflexión mas profunda, es casi obvio que nosotros **también** somos hierba. Y darse cuenta de la importancia de ese "**también**" es precisamente la apertura para "abrirnos" a explorar otros modos de establecer relaciones. Bateson quiere poner en relieve que algo –**también**– tenemos en común con el pasto, alguna conexión es posible de realizar entre nosotros humanos y la hierba. Entre el pasto y el *sapiens-sapiens* es posible construir una "pauta que nos conecte". La relación es "abducible" (la analogía formal entre los silogismos la ha puesto en evidencia), y –entonces– de nuestra capacidad y creatividad reflexiva dependerá evidenciarla. y aún más, tal vez experienciarla. Así, será la vivencia de aquella pauta que nos conecta a la hierba la que inaugurara en nosotros lo que él denomina la ecología de la mente¹.

Al dirigir –Bateson– nuestra atención (sensitiva más que reflexiva) hacia la "extrañeza de la analogía formal" entre los silogismos presentados, lo que él intenta es provocarnos a buscar alguna (de las muchas posibles) "pautas que conectan" nuestro vivir con el vivir del pasto. La "abducción batesoniana" nos insta a dirigir nuestra observación hacia los posibles espacios comunes a establecer entre los hombres y el pasto. Lo habíamos ya planteado: Bateson siempre trata de conectar relaciones de un modo diferente; busca construir nuevos vínculos (y también nuevos "meta-vínculos" (nuevos modos de vincular vínculos ya establecidos, queremos decir) entre los procesos que se observan. Si acaso no "vemos" (¿vemos o sentimos?) dichas otras relaciones (pautas/*pattern*) posibles entre el pasto y el *sapiens-sapiens*, ello se explica más por nuestra lineal y unilateral forma de pensar, que por el hecho de que dichas relaciones no existan. Porque –en sus propias palabras– finalmente **la ceguera civilizatoria no es no ver...es más bien no saber pensar (complejamente) sobre aquello que vemos**. El Principito había dicho ya lo mismo en otras palabra: "**la belleza pertenece al ojo que observa**". Se trata de abrir la mirada, no dejarse "seducir" por el objeto, porque en el fondo, el objeto es inaugurado por la mirada que sobre él nosotros posamos.

Resumamos entonces: nuestra epistemología (pensar como pensamos) es la limitante. Bateson es aun más fuerte porque nos habla de una "**perversión epistemológica**" que viene a ser lo mismo: nosotros (seres humanos del siglo XX) no sabemos reflexionar sobre los fundamentos de nuestros propios pensamientos. Al pensar lineal y representacionalmente respecto de nuestra relación con el mundo, castramos y reducimos nuestra propia observación sobre el mundo que observamos, y –así pensando– construimos ese mundo. Nuestros modos lineales de reflexión cierran muchos (otros) modos de establecer relaciones entre múltiples procesos fragmentados que sin embargo sí están y pueden ser "conectados" de algún modo. Nuestro modo lineal de reflexión nos impone **una sola relación** posible, dejándonos ciegos así al inmenso arco de otras

relaciones construibles y a descubrir. Bateson buscará siempre poner en evidencia esos otros arcos relacionales. Esas son sus “pautas (*patterns*) que conectan”. Ese es el cambio cultural. Aprender a ver de un modo diferente.

En este mismo sentido Bateson nos asombra aún más:

"¿Qué pauta conecta al cangrejo con la langosta?, ¿y a la orquídea con el girasol?, ¿y qué es lo que une a todo aquello entre sí?, ¿y a todos ellos conmigo?, ¿y a Ud. conmigo?, ¿y a todos -nosotros y aquellos- con la ameba por un lado y con el esquizofrénico que encerramos, por el otro?"

Para lapidar más adelante, y ahora de un modo bastante más explícito y categórico:

“¿...cuál es la pauta que conecta a todas las creaturas vivas entre sí?”

Veamos otro ejemplo de esos extraños y desconcertantes modos de relacionar los fenómenos que Bateson acostumbra a presentarnos (“Pasos hacia una ecología de la mente”):

“Una madre premia a su hijo con un helado cada vez que éste se come las espinacas: ¿Qué información adicional requiere Ud. para determinar si -con el tiempo- el hijo :

- 1.- ¿Odiará o amará las espinacas ?**
- 2.- ¿Odiará o amará los helados ?**
- 3.- ¿Odiará o amará a su madre ? ”.**

De inmediato surge –nuevamente– el desconcierto frente al modo como las preguntas están planteadas y, emerge también el asombro respecto de la forma en que los (múltiples niveles de) cuestionamientos ofrecidos, pueden ser conectados entre sí. Sólo queremos decir que con semejante “formato preguntacional” se nos hace evidente –y ello de una manera casi sensitiva, más que racional- la enorme dificultad que significa esbozar siquiera una respuesta que intente alguna pista posible para resolver el dilema abierto. ¡Espinacas, madre y helados... amor, información, placer o displacer, y todo ello vincularlo en la historia! ¿Qué es todo esto? Creemos que, por la manera en que el formato interrogativo-provocativo ha sido presentado, Bateson no busca empujarnos a intentar respuestas sino más bien pretende desencadenarnos un proceso de búsqueda de otras preguntas posibles. Y ello para que esas nuevas preguntas (autoformuladas) nos desplacen del nivel en el que las preguntas (ofrecidas) están planteadas. Bateson intenta -en un acto de “magia contextual”- conducirnos directamente a un meta-nivel de cuestionamiento que se ubica –obviamente- en el centro mismo de la lógica del psicoanálisis, pero ello no es lo que nos interesa. Queremos poner la atención no tanto en el cuestionamiento al psicoanálisis, como en el modo como él nos desplaza la mirada desde las espinacas, los helados y la madre, a las conexiones entre amor y odio, a la temporalidad, hacia la “ridiculez” de los nexos mecánicos finalmente.

Es la dificultad misma para entender plenamente cuál es la (o las) pregunta(s) de fondo que se plantean lo que nos deja abiertos hacia una enormidad de –mucho más que de respuestas- otros tipos de cuestionamientos posibles frente al enigma planteado. Una vez más, Bateson busca (y provoca) que “veamos más”, nos empuja a que nuestros “arcos de percepción (sensación) posibles” se hagan más amplios. Y ello lo logra por cuanto –nosotros- para intentar siquiera responder la (o las) preguntas planteadas, deberemos –antes e irremediamente- cuestionarnos internamente respecto de ¿qué es finalmente lo que se nos está

preguntando, ¿cuál es precisamente la pregunta a responder?, e incluso más, ¿cuál es la pregunta misma? A través de un formato “preguntacional” se crea un contexto para responder. Recordemos entonces aquello ya dicho: “el brujo crea contextos”. Bateson no busca respuestas, busca generar y producir un contexto de aprendizaje en el cual la respuesta a la pregunta planteada pierde importancia. Él pretende “enseñarnos” a pensar”, no en respuestas, sino en nosotros mismos.

Sinteticemos nuevamente: Bateson busca cuestionarnos respecto de los modos como nosotros generamos nuestra propia reflexión. Y todo ello a través del “simple mecanismo” de plantear preguntas (de un modo tal) que nos interpelemos (nosotros a nosotros mismos) respecto de los modos de causalidad en los que estamos habitualmente acostumbrados (–en nuestro ejemplo– porque psicoanálisis obliga). Toda pregunta en Bateson está conscientemente dirigida a desplazar al “receptor”, desde la pregunta misma, hacia buscar la reflexión (en el receptor) sobre el “nivel de realidad” en lo que lo preguntado se encuentra. Se busca desplazar al auditor hacia otros niveles de realidad que se inauguran con los –otros– vínculos posibles a establecer entre lo preguntado. Desde los vínculos aparentes hacia los vínculos entre los vínculos. (De la “realidad de nivel 1” hacia la “realidad de nivel 2” nos diría Paul Watzlawick). ¿Cómo poder establecer los vínculos (entre los vínculos) solicitados en la pregunta? Hacia allá apunta Bateson.

Porque es claro que–en este último ejemplo– está apuntando esta vez hacia una muy común y casi caricatural visión del psicoanálisis. De un modo sarcástico e irónico da por el suelo con las “conexiones” y explicaciones mecánicas que en nombre de (un cierto) psicoanálisis se desarrollan. Y allí nos detenemos, porque evidentemente no es este el espacio para entrar más a fondo en los cuestionamientos generales que al “método sicoanalítico” Bateson desarrolla. Nuestra intención por el momento no es otra que poner de manifiesto la “apertura reflexiva” que se puede desencadenar por intermedio de los modos que Bateson nos ofrece para establecer conexiones entre los procesos observados.

Sobre el compromiso y la “actitud intelectual”

Centrémonos ahora más de cerca en la observación de algunos aspectos puntuales sobre los vínculos y nexos posibles de realizar entre los modos reflexivos batesonianos y el cambio cultural. Lo primero que quisiéramos subrayar es su voluntad –explícita, manifiesta y muy sarcásticamente marcada– por “trastocar” la actual cultura que vivimos. “Civilización esquizofrénica y sobre todo esquizógena” será –tal vez– su más aguda y radical afirmación en ese sentido. Diciendo ello sólo queremos traer a la mano el hecho de que la obra de Bateson es también, sin perder nada del rigor necesario a toda reflexión “académica y científica”, un pensamiento que apunta –abiertamente– a generar las bases para la construcción de un mundo diferente; y desde luego, un mundo mejor que el que actualmente vivimos y que –según el, y concordamos– con nuestros modos reflexivos, reproducimos.

Su trabajo intelectual –y no es la mejor definición, pero aceptémosla provisoriamente– es una empresa “militante” por (y para) la transformación cultural: nos está constantemente invitando –por intermedio de sus modos de reflexión– a que –nosotros, sus lectores– nos transformemos en seres humanos abiertos a un (muy) necesario –y desde luego urgente– cambio cultural; cambio que debe apuntar a terminar con aquello que él llama “patologías civilizatorias” de la cultura (occidental). Para él, la etiología de dichas patologías es muy clara y evidente: actualmente (post-Renacimiento) se ha ido desarrollando –de un modo acelerado y ancestralmente profundo– una “perversión epistemológica” en nuestros hábitos cognitivos, y es allí donde radican las raíces mismas de la “crisis civilizatoria”. Nuestros modos y formas de conocimientos son patógenos y es allí (a esos modos) donde debemos apuntar nuestros deseos transformatorios si queremos efectivamente erradicar de fondo los fundamentos de aquello que él mismo denomina “una civilización desbocada”. “*Nuestra época da vueltas en redondo*” es justamente el título del documento que distribuye entre los directores de la Universidad de California cuando renuncia –voluntariamente y muy decepcionado de las posibilidades que la educación institucional ofrece para efectivamente **educar**– a su puesto de “regente” en dicha Universidad. (Dicho documento es editado posteriormente como el capítulo último de su obra final: “Espíritu y Naturaleza”).

Sinteticemos nuevamente: a Bateson no le gusta nuestro mundo y lo hace explícito; no se siente cómodo allí, y nos ofrece una grata invitación para hacernos cómplices (para co-implicarnos) en su transformación. Por ello dijimos anteriormente que la suya es una obra “militante” por (y para) la

transformación cultural. Se trata de poner en relieve justamente la enorme importancia que en Bateson adquiere aquello que habíamos ya denominado como **“actitud intelectual”** (“subversiva” la habíamos adjetivado). Bateson no solo reflexiona (o metareflexiona) sobre “externidades” a él. Su (auto-meta)reflexión apunta siempre a revisar también las bases de su propio modo de pensar(se). Quiero decir que él tiene plena conciencia –y la hace explícita– respecto de la “tonalidad emocional” que guía y conduce su propio pensamiento. Y ello es desde luego una actitud epistemológica, pues reflexiona sintiendo lo que su reflexión le está produciendo e intenta además “dirigir” los posibles “efectos” que dicha reflexión pueda desencadenar en el “receptor” de su pensamiento. Sin que exista manipulación, hay evidentemente una búsqueda de “seducción” o de empatía emocional; porque intenta –de un modo explícito, reiteremos- lo– implicar al otro para un proyecto común. Apunta a trastocar, consciente de sus intentos, la(s) epistemología(s) de quien lo lee o de quien lo escucha. Es en este sentido que nos encontramos frente a un pensamiento abierta y explícitamente comprometido, y ello en la más literal acepción de la palabra compromiso. Porque com-promiso nos remite a “com” (del prefijo “co”...que fusiona, al menos a dos; “pro”, prefijo que indica intencionalidad, y “miso”, relativo al uno-mismo: de misa, de misión, “sobre-mi”). Siento en mi-mismo, lo que me fusióno al otro, y ese es el asunto cuando de establecer “pautas que conecten” se trata. Pero resumamos: en la actitud “comprometida” uno busca “fusionar” al otro, invitándolo a hacerse co-implice de la intencionalidad que guía la acción comprometida. Se invita a establecer un puente –que una– para realizar una empresa en com(o)ún.

Es Isabelle Stengers quien, en otro contexto, nos ilumina sobre esto de la “actitud intelectual comprometida”. Ella explicita, respecto de su pensamiento, **“yo...adopto una actitud comprometida que busca facilitar la emergencia del mundo al cual yo misma aspiro...”**. La reflexión –por muy académica que sea- no puede pretender hacer -y no tiene por qué hacerlo, por lo demás- caso omiso del compromiso intelectual (emocionalidad) de la cual dicha reflexión surge y se alimenta. Y ello nos parece importante. Según Bateson, y coincidimos con él, aquel mundo mejor –al cual aspira– sólo podrá emerger a partir de una revisión y reformulación muy profunda de nuestros propios hábitos de pensamiento. Las patologías civilizatorias radican en “epistemologías erradas” enraizadas en lo más profundo de nuestros modos de conocer. No hay conocimiento que no porte las huellas de la emoción desde la cual dicho conocimiento emerge. Finalmente, pensar...sentir y actuar, no son procesos fácilmente diferenciables.

La mente y la naturaleza, dos caras de un mismo proceso

Una de las ideas centrales de la epistemología que inaugura Gregory Bateson es el postulado de que la estructura de la mente (*mind*) y de la naturaleza (*nature*) son (ambas) reflejos la una de la otra. Esto es, aprender (mental) no es un fenómeno del todo diferente de la “evolución” (naturaleza). La maravilla “aprende” a seguir al sol en un proceso que tiene más de alguna similitud con aquel que nos permite a nosotros “aprender” las tablas de multiplicación. La cucaracha “aprende” a escapar de la luz tal cual nosotros aprendemos a protegernos del sol cuando vamos a la playa. Con esto queremos poner de manifiesto que siempre será posible construir “abducciones” (analogías formales de algún tipo) entre esos procesos; y si ello es así, se debe, en lo profundo, a que los procesos de “evolución” natural, no son del todo diferentes a los procesos de “aprendizaje” mental. Bateson postula que la “evolución” no es sino el proceso por el cual la naturaleza “aprende”. Para ser más precisos, nuestros procesos de endoculturización (aprendizaje de los modos de aprender), sin ser los mismos, no son del todo diferentes a los procesos de evolución de la vida. ¿Cómo “aprende” el feto, (o antes el óvulo, el espermatozoide) la morfogénesis que ha de seguir, hasta convertirse en un sapiens-sapiens? En resumen, la mente y la naturaleza constituyen necesariamente una unidad (*Espíritu y Naturaleza, una unidad necesaria* es precisamente el título del último de sus libros).

De esta manera la epistemología (aprender cómo aprendemos) –“el meollo de la cuestión” acostumbraba a llamarla– deja de ser una filosofía abstracta para transformarse en una trama de la historia natural. (“Historia natural de las ideas” llamaba inicialmente a lo que más tarde denominará “Ecología de la mente”). En este punto –y sólo de un modo tal vez anecdótico- se hace importante resaltar el enorme paralelismo existente entre las reflexiones de Bateson y las de Humberto Maturana, y en general con aquello que se ha denominado en ciencias cognitivas “La Escuela Cognitiva de Santiago” (Capra). Baste señalar que al Departamento de Neurobiología y Neurofisiología que dirigía Humberto Maturana en la Universidad de Chile se le conocía también como el Departamento de Epistemología Experimental. Tampoco es trivial en este sentido que Maturana denomine su investigación como Biología del Conocimiento.

Abrir los campos perceptuales

Quien pretenda poner en evidencia la red de relaciones en las que se desenvuelven nuestras vidas y cómo esas relaciones se enmarañan unas con otras se encuentra –obviamente– intentando encontrar formas comunes a procesos disímiles y diversos. Esa es la búsqueda de la «pauta que conecta» en Bateson. En todos los procesos, al menos en aquellos relacionados al desarrollo y evolución de los seres vivos (el mundo de la “creatura” diría Bateson parafraseando a C.G. Jung) deben existir relaciones «formales» posibles de poner en evidencia y vivenciar. Se trata de vivenciar existencialmente la mayor cantidad de relaciones que circundan (contextualizan) y dan forma a nuestras vidas. Finalmente todo está conectado con todo. La metáfora de la mariposa de Prigogine se transforma así en una guía para la acción. Efectivamente el aleteo de una mariposa en Singapur puede desencadenar una tormenta en Nueva York.

Pero los cambios culturales no sólo estarán «conectados» a «teorías» sobre lo que se está aquí planteando. Las teorías son «cognitivas», pertenecen al mundo del conocimiento, al mundo de las ideas como él gustaba llamar. En Bateson (como también en Maturana) todo conocer es un hacer y todo hacer es un conocer. El intento de Bateson es que las «teorías» se transformen en actitudes de vidas. Porque el «mundo de las ideas» de Edgar Morin, la “noosfera” de Theillard de Chardin, es parte constitutiva –y sigue la lógica– del proceso evolutivo de los seres vivos. Debemos «ver» y sentir todos los arcos relacionales que configuran nuestras vidas. El asunto es, ¿cómo lo hacemos?. Bateson diría: cambiando nuestra epistemología; y nuevamente la pregunta se desplaza: ¿cómo hacemos aquello? ¿Cómo accedemos a otra epistemología? ¿Cómo escapar al modo de pensamiento lineal y causal nacido del Renacimiento? Nuestra apuesta es que una lectura de Bateson es un camino posible.

Sobre pequeñas historias y cuentos

Observar y vivenciar los múltiples planos contextuales que configuran nuestras vidas, de eso se trata. La lectura de Bateson busca la apertura de la percepción; y en esta dirección solía decir que **“dos descripciones son mejores que una”**. Lo que queremos señalar es que la ciencia nacida del dualismo cartesiano, que no sólo es ciencia sino también una particular y unilateral forma de observar –y por lo tanto de vivir– es fragmentaria, reductora, casualista; limita las posibilidades de ampliar nuestras vidas. Pensamos que la lectura de Bateson permite “ampliaciones de conciencia” generando procesos existenciales que facilitan el “darnos cuenta” de las complejidades que dan forma a nuestra existencia. Este “darnos cuenta” se traduce, casi por acto de magia, en una nueva manera de observar, de observarse, de estar en el mundo. En este sentido es fundamental notar que la obra de Bateson es unitaria e integral. Él desarrolla “contenidos cognitivos”, conceptos, (sismogénesis, tipos lógicos, doble vínculo, etc.) pero al mismo tiempo asume en la “actitud” de su escritura y reflexión aquello que va descubriendo cognitivamente. Su lenguaje es coloquial. Más cercano a una poesía que a la precisión científica. Su “forma escritural” envuelve contextualmente sus reflexiones conceptuales. En él no hay separación posible entre forma y contenido. La metáfora holográfica de Capra cobra aquí plena vigencia. La forma está en el contenido y el contenido es la forma.

Bateson cuenta «historias». Extrañas. Desconcertantes. Historias terriblemente simples pero a la vez con-fundidoras. ¿De qué está hablando este caballero?, es la primera reacción. Bateson –recordemos– “esconde” algo, decían sus alumnos. Bateson enmaraña historias, unas dentro de otras. (El capítulo “que no sepa tu mano derecha lo que hace tu mano izquierda” de su último libro: “El temor de los ángeles” terminado por su hija Marie Catherine, es una maravilla en este sentido. Sus “Metálogos” –pensamos– apuntan en la misma dirección). Bateson “obliga” al lector a reflexionar de una forma no acostumbrada en nuestra cultura. El pensamiento del lector se va cerrando en torno a sí mismo. La recursividad de los procesos mentales queda así en evidencia. Esa recursividad se vive pragmática y existencialmente en el “ritmo” de la lectura. Su instrumento de cambio es la metáfora. Es decir, el sentido abierto al receptor. La precisión es reductora. La confusión de la metáfora es ampliadora por cuanto fuerza al pensamiento a reflexionar en torno a sí mismo, a (auto-meta)reflexionar. Nuevo punto de encuentro con Humberto Maturana y su “observarse en el observar”. Esto de “contar historias metafóricas” será sistematizado por Watzlawick y su grupo (en Palo Alto, California) en sus terapias de “inducciones paradójales”. Alejandro Jodorowsky –de una manera más banal– hace lo mismo a través de su “Psicomagia”.

Aquí existe un punto de acercamiento entre las metáforas batesonianas y los trances hipnóticos de Milton Erickson (Jay Haley es el «puente» entre Bateson y Erickson). El punto es la con-fusión. Confundir...sobrepasar el uno...hacer, al menos...dos. En un mundo lleno de supuestas certezas, con una ciencia que pretende dar cuenta «objetivamente» de la «realidad», la confusión se erige en un principio para el cambio personal y cultural. Estar confuso es precisamente quedar abierto a las abducciones batesonianas. La confusión obliga a buscar y a establecer relaciones nuevas allí donde perdemos las certezas. El mundo se nos derrumba porque los parámetros bajo los cuales lo observamos dejan de servirnos para explicarnos lo que sucede. Quedamos abiertos a generar(nos) nuevas explicaciones. Se nos «fuerza» a establecer nuevas pautas de conexiones. Se nos hace necesario reordenar nuestro mundo. Es decir ampliar la mirada. Abrir los arcos perceptuales. Es el «reencuadre» de los sico-terapeutas. «El brujo crea y abre contextos» solía repetir Bateson y él es –desde luego– un excelente brujo.

El contexto, siempre el contexto

El contexto es un concepto capital en toda la obra de Bateson. Los tipos lógicos son, en alguna medida, cambios y desplazamientos de contexto. El doble vínculo es precisamente una particular situación contextual que genera otros contextos «atrapadoramente esquizogénicos». El contexto es siempre información, o más precisamente, es comunicación. ¿Cómo dar cuenta del contexto?. Es aquí donde nuevamente nos encontraremos con la necesidad de ampliar nuestra percepción, por cuanto finalmente, todo es contexto. Pero aquello, si bien es cierto podemos conocerlo y de alguna manera cognitivamente lo sabemos, no es simple asumirlo existencial y vivencialmente. Ampliar contextos es observar más y mejor. No situarse en un sólo punto de observación («dos descripciones son mejor que una»). La perspectiva es una sólo en la construcción óptica/geométrica inventada en el Renacimiento. Relativizar las certezas. Abrir la mirada a la multiobservación. Pero no basta decirle al mundo: ¡Señores, observen el contexto! La abducción batesoniana permite asumir, si no todo, al menos gran parte del contexto, por cuanto obliga a ampliar la reflexión para generar el significado. En este sentido la metáfora batesoniana se asimila a los Koan del Budismo Zen. Abre la reflexión, destruye la certeza. Gran parte de su obra es absolutamente contextual. Intenta –creemos que consciente de lo que está haciendo– “forzar” al lector a observar el contexto en el que se encuentra con la escritura. Nuevamente nos encontramos con esa escritura “no terminada en si misma” sino invitadora a reflexionar sobre el proceso de reflexión que se está generando en el momento de la reflexión. Una vez más, observación y meta-observación.

Quisiéramos terminar este artículo generando algunas reflexiones sobre los procesos educacionales en los que nos encontramos insertos. Se nos hace evidente que si Bateson estuviese en esta Universidad, y no sólo en ésta, en cualquier otra, o bien saldría despavorido de aquí o posiblemente le prendería fuego. Educación a “*forceps*”, controles de lectura donde se obliga al a-lumno (recordemos, “sin luz” ...¿estudiantes “sin luz”?) poco menos que a repetir conceptos de memoria. Aprendizaje más cercano al adiestramiento pavloviano que a un verdadero proceso de enseñanza-aprendizaje. “Procesos” de evaluación que se cierran en un número para «pasar de curso» y así suma y sigue. Es claro que no puede ser así. La Educación no puede ser eso. Los procesos, las relaciones, la creatividad de lo nuevo, quedan fuera de la educación institucionalizada. Se cercenan los continuos, se fragmenta la realidad. Se les adiestra en las certezas cognitivas. En suma se les conduce a no ver el bosque por cuanto se les dirige la mirada hacia los árboles. Lo globalizante, la comprensión de los procesos, una verdadera mirada macroscópica, holística, ecológica de la mente diría Bateson, sigue ausente en la enorme mayoría de nuestras sacrosantas instituciones educacionales.

Bibliografía

- Bateson, Gregory (1991), *Pasos hacia una ecología de la mente*, Carlos Lohlé-Planeta, Buenos Aires.
- Idem, (1990), *Espíritu y Naturaleza*, Amorrortú, Barcelona.
- Idem (1993), *Una unidad sagrada; Pasos ulteriores hacia una ecología de la mente*, Gedisa, Barcelona.
- Idem (1989), *El temor de los ángeles*, Gedisa, Barcelona.
- Berrger, Milton (comp.) (1993), *Más allá del doble vínculo*, Paidós, Barcelona.

Bateson, Mary Catherine (1989), *Regard sur mes parents*, Seuil, Paris.

Winkin, Yves (comp.) (1981), *La nouvelle communication*, Seuil, Paris.
Traducción española (1982): *La nueva Comunicación*, Kairos, Barcelona.

Idem (comp.) (1988), *Bateson, Premier état d'un héritage*, Seuil, Paris.
Traducción española (1991): *Coloquio sobre Gregory Bateson*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Capra, Fritjof (1991), *Sabiduría insólita*, Kairos, Barcelona.

Idem, *La visión sistémica de la vida*, Notas de lecturas, Universidad Bolivariana, Santiago.

Watzlawick, Paul (comp.) (1990), *La realidad inventada*, Gedisa, Barcelona.

Watzlawick, Paul y Krieg, Peter (comps.) (1994), *El ojo del observador, contribuciones al constructivismo*, Gedisa, Barcelona.

Berman, Morris (1987), *El reencantamiento del mundo*, Cuatro Vientos, Santiago.

Pauze, Robert, Gregory Bateson (1996), *Itineraire d'un chercheur*, Relations-Eres, Montreal.

Witzezae, Jean-Jacques y García, Teresa (1992), *A la recherche de l'école de Palo Alto*, Seuil, Paris.

Notas

* chilote6969@hotmail.com
ancuditano69@yahoo.es

Santiago, Octubre 1994. Actualizado y ampliado en Octubre 2004.